

surrección no era ni la reforma parlamentaria ni la emancipación de los católicos, sino el trastorno del gobierno y la formación de una democracia fundada en la extinción de categorías, en la confiscación de propiedades y en la supresión de todo establecimiento religioso. Este es el documento en que debe fundarse el juicio histórico. También los debates del parlamento de Inglaterra en 1805 dan un testimonio que justifica á los católicos irlandeses. Lord Limerick, irlandés, confesó en ellos paladinamente que la revolución de 1798 no fué en sentido católico, y que muchos de sus caudillos eran protestantes. En efecto, Hamilton Rowan, el predicador Jackson, Napper Tandy, lord Eduardo Fitz-Gerald, O'Connor y Bagnal Harvey, que fué general de los insurrectos, Colclough, etc., eran ó anglicanos ó presbiterianos. Estos últimos eran los que dominaban en el norte de Irlanda, centro y foco de la revolución, y el plan era obra de los republicanos. Muy pocos católicos, sea de entre los propietarios, sea entre los arrendatarios acomodados tomaron parte en el levantamiento, y antes por el contrario se colocaron bajo las banderas del gobierno. Esto es lo que Fitz-Gerald, uno de los individuos mas distinguidos de la Cámara de los Comunes, demostró posteriormente bajo todas las formas y con documentos irrecusables. En 5 de marzo de 1823 dijo que por su calidad de individuo del comité secreto, establecido para examinar el origen y progresos de la sociedad de los *Irlandeses unidos*, había, tanto él como sus colegas, tenido ocasión de convencerse de que ningún católico había sido de dicha sociedad, excepto el doctor Mennerin, que es verdad era el presidente, cuando se formó el comité de aquella unión, pero que en general no profesaba ninguna religión. «No podía, siguió diciendo, ningún católico pertenecer á aquella sociedad por la muy sencilla razón que el mismo doctor alega, esto es, que había temores de que los curas obligasen á los católicos á denun-

ciar el complot al gobierno.» Habiendo Dawson, joven individuo del parlamento, tomado se la libertad de repetir lo que con tanta frecuencia había oído relativo á que los orangistas consiguieron sofocar aquella revolución, Fitz-Gerald le atacó con dignidad y energía, diciendo: «Tengo mas edad que Mr. Dawson, y aseguro que los católicos han dado en esta ocasión pruebas de lealtad que en nada envidian á las de los mas leales súbditos de S. M. en Irlanda. Así lo aseguró entonces el mismo monarca al manifestarles su satisfacción; y ahora un joven individuo de esta asamblea trata de hacer creer á la Cámara de los Comunes y al pueblo inglés que todos los católicos han violado sus deberes, y que todos los irlandeses, exceptuando los orangistas, no son mas que unos rebeldes y traidores (1).»

Las turbulencias que agitaban la Gran-Bretaña provenían del delirio revolucionario que descarriaba tantas cabezas, y del estremecimiento general que conmovia sobre sus cimientos á toda la Europa. Esta misma es también la causa que influyó en los desórdenes del reino de Nápoles. Los libros filosóficos y las máximas republicanas habían hallado en este país numerosos admiradores (2). La imprudencia de Tanucci, sus reformas religiosas, sus cuestiones con la Santa Sede, y la protección que había dispensado á las nuevas opiniones, las habían difundido por todas las clases. Las cabezas acaloradas suspiraban por la libertad, en favor de la cual ocurrieron dos conspiraciones en 1794 y 1795, dando lugar á muchas prisiones y á que emigrasen muchas personas á Francia. El rey de Nápoles había hecho después la paz con la república; pero la paz no era para este gobierno mas que un medio de

(1) *Memorial católico*, t. 2, p. 34.
(2) *Mem. para la Hist. Eccles. del siglo XVIII*, t. 3, p. 349-352.

introducir la discordia en los Estados vecinos. Sus embajadores tenían el encargo de favorecer el partido del pueblo, y el ministro diplomático que residía en Nápoles tenía orden de proteger especialmente á los descontentos de este país. El rey, que por lo que se había visto en Cerdeña, en Toscana y en otros países, sabía el riesgo que corría su autoridad, se preparó á una guerra que en realidad le parecia ofrecer mas garantías que la paz. Sus tropas entraron el 22 de noviembre de 1798 en el Estado de la Iglesia, y al principio consiguieron algunas ventajas. El anunciaba que solo queria devolver á Roma á su legitimo soberano; mas no tuvo tiempo de cumplir este ofrecimiento. Después de haber hecho una pomposa entrada en esta ciudad el 29 de noviembre, se vió obligado á huir y ni en el mismo Nápoles pudo permanecer tranquilo por mucho tiempo, y así en 1.º de enero de 1799 se acogió á bordo de un buque inglés que le condujo á Sicilia. Roma cayó de nuevo en poder de los franceses, que en seguida avanzaron hácia Nápoles, contando con las relaciones secretas que allí tenían. En efecto, en la misma capital se declaró un partido en su favor, que la hizo teatro de todos los desórdenes de la anarquía. Los llamados *Lazaroni* se entregaron al incendio y á la matanza, é hicieron se mirara como un bien la entrada de los franceses que ocurrió el 23 de enero. En el acto se dieron prisa á organizar un gobierno republicano, que era el blanco y el resultado ordinario de sus conquistas. Al rey Fernando se le declaró tirano y enemigo público. Mas un cambio tan notable no fué unánimemente aprobado por las provincias. Rinaldi, cura de Reggio en Calabria, se atrevió á formar el designio de espulsar al extranjero, y se lo comunicó al cardenal Ruffo. Este se presentó en la provincia con tres hombres solamente, y encontró que Rinaldi había preparado ya la conspiración; cosa facil en un país donde los habi-

tantes profesaban un irreconciliable odio á los franceses. Ruffo, por de pronto no reunió mas que cien hombres; mas á poco tiempo se le reunieron algunos bandidos como Fra-Diavolo, Scarpa etc., con sus numerosas cuadrillas, á las que Ruffo había concedido un indulto general por sus pasados crímenes. En pocos dias el cardenal reunió un ejército de veinte y cinco mil hombres determinados, que difundieron el terror entre los patriotas. Serrao, obispo de Potenza, que se había mostrado afecto á la revolución, y tan poco adicto á su soberano como á la Santa Sede, fué asesinado entonces. Otros obispos, aunque en reducido número, se habían manifestado en el mismo sentido, esto es, favorables al nuevo orden de cosas. En mayo el general francés que mandaba en Nápoles supo la derrota que sus tropas habían sufrido en la alta Italia y desocupó el reino. Podía creerse que esta retirada daria lugar á que se repusiera la autoridad Real; mas las ideas republicanas habían tomado ya tantas raíces en muchas cabezas, que los napolitanos, entregados á un espíritu de vértigo, se creyeron dichosos en haberse desembarazado á la vez de los franceses y del soberano legitimo. Crearon un nuevo gobierno patriótico: establecieron periódicos, clubs y oradores, y no se hablaba mas que de la felicidad de tener la democracia pura. Un fraile, llamado Ciccone, se encargó de democratizar á los *lazaroni*, lo cual no debía ser muy difícil. El P. Bononi, franciscano de Bolonia, desfiguraba el Evangelio para acomodarle mejor á los principios populares. El cardenal Capezio Zurlo, arzobispo de Nápoles, publicó una carta pastoral reconociendo el nuevo gobierno, y contestando á las proclamas del cardenal Ruffo. Su edad avanzada es lo único que podia servirle de escusa, pues contaba ya cerca de noventa años. Los obispos Natal y de la Torre se mostraron celosos partidarios de la república, y otro tanto hizo la alta nobleza, contribuyendo ademas con donativos. Organi-

zaronse ejércitos para oponerse á los progresos del cardenal Ruffo, quien despues de bair á los republicanos se presentó delante de Nápoles el 11 de junio: ocurrieron diversos combates hasta en el mismo recinto de la ciudad que por último se vió obligada á rendirse. En 27 de junio concedió el cardenal á los patriotas una capitulacion, con arreglo á la cual debian ser embarcados y remitidos á Marsella: suministráronseles buques, y en efecto muchos de ellos partieron; mas habiéndose presentado en aquel instante el rey en el puerto, viniendo de Sicilia, suspendió la salida de los demas buques, anuló la capitulacion, y se manifestó dispuesto á tomar severas medidas. El cardenal Ruffo cayó pues en desgracia á pesar del inmenso servicio que acababa de prestar á su soberano, y tuvo que retirarse á Roma. En vano los patriotas imploraron la intervencion de Inglaterra, que era la que habia garantizado la capitulacion. Lady Hamilton, esposa del embajador inglés en Nápoles, que por mediacion de la reina Maria Carolina habia sugerido al rey desaprobare la conducta del cardenal para tener ocasion de perder á sus enemigos, empleó su funesto imperio sobre Nelson. Este almirante hubiera podido ser escuchado, pero la pasion le encadenó. Entonces se formó una junta, que condenó hasta trescientas personas por dia: se escitó al populacho al saqueo y al asesinato: varios patriotas fueron ahorcados sin forma alguna de proceso. Entre estos figuran el obispo de Vico, los dos religiosos Belloni y Pistici, Vicente Troisi, limosnero del gobierno, y otros religiosos y eclesiásticos. Se publicó una numerosa lista de proscritos, cuyos bienes fueron confiscados, y las provincias siguieron el ejemplo de la capital. En honor de Fernando es preciso creer que no queria castigar sino á algunos de los mas culpables, mientras que contra sus intenciones muchos inocentes fueron envueltos en estas sangrientas represalias. De todos modos resulta que la Iglesia reprobó tales crueldades y el

sucesor de Pio VI, no bien ascendió al trono pontificio, escribió al rey de Nápoles representando contra este sistema de rigor, y fulminó censuras contra el arzobispo de Capua, el sufragáneo de Nápoles, y otros tres prelados que habian cooperado á aquellas terribles sentencias.

Estas calamidades debian desolar el corazón del Papa, que seguia en su cautiverio, y añadian nuevas amarguras á sus propios dolores. En 27 de marzo de 1799 se le habia hecho salir de Florencia, y desde esta época hasta su llegada á Valencia de Francia, anduvo errante, por espacio de cuatro meses, de comarca en comarca, atravesando montes, habitando en chozas y aldeas (1), y sufriendo privaciones y fatigas que los hombres mas robustos apenas hubieran podido soportar. Con una escolta de doscientos soldados, llegó al castillo de la familia Gambarini á tres millas de Bolonia y se detuvo allí algun tiempo. No querian que entrase en Bolonia sino durante la noche, segun manifestaba desearlo el arzobispo de esta ciudad. Temia este prelado, que un pueblo que tan exaltadamente habia abrazado el partido de la revolucion, cometiese algunos excesos que habrian acabado de abrumar el alma del Pontífice; pero no tardó en conocer que habia formado mal juicio acerca de la disposicion en que el pueblo se hallaba, y que semejante precaucion estaba enteramente de mas. Entró, pues, de dia el Pontífice en Bolonia, y fue recibido con todos los respetos y honores debidos á su dignidad. El dia siguiente al de su llegada, era festivo, por lo cual el Papa manifestó deseos de detenerse algun tiempo; mas sus conductores le negaron inexorablemente este consuelo. Fué alojado en el colegio de España y hubo que bajarle por una escalera tan angosta y pendiente, que mas bien que llevado, se puede decir que era arrastrado. Cuando se acercó al coche en que debia mar-

(1) *Hist. del Papa Pio VI*, p. 359-390.

char, todos los espectadores, incluso los mismos soldados de la escolta, no pudieron contener el llanto; y el pueblo afectado con un espectáculo tan doloroso, le acompañó derramando lágrimas hasta las puertas de la ciudad. Apenas llegó á Parma, cuando vió á sus pies á otro desgraciado soberano, que renovó la interesante escena que el Pontífice habia tenido con el rey de Cerdeña. El infante de Parma tuvo con él una conferencia que duró una hora entera, y luego le presentó su esposa é hija. En los trece dias que permaneció en esta ciudad, no se ocupó mas que en la oracion y en piadosos ejercicios. Lisonjébase de que sus perseguidores cansados de atormentarle, le permitirian acabar tranquilamente sus dias al lado de un príncipe, cuyas virtudes eran para él un abundante manantial de consuelos; se le habia dejado entrever esta esperanza: pero de repente un comisario francés se presentó intimidándole con amenazas la orden de partir en el término de cuatro horas. Esta bárbara providencia era particularmente debida al temor de que los austriacos, cuyas tropas habian llegado cerca de Parma, consiguiesen apoderarse de su augusta persona. El Pontífice que se hallaba resuelto á no salir de aquel punto, oyó tranquilamente las órdenes que se le daban; pero no varió de determinacion. Mas cuando supo que esta conducta podría esponer al resentimiento de los franceses al infante, á su familia y á todo el pueblo de Parma, cedió: pero su sentimiento fué tan vivo, que alteró sensiblemente su salud. Acabó de aumentar su afliccion la pérdida de un amigo fiel y virtuoso, que no le habia abandonado en sus calamidades; este insigne varon era el cardenal de Lorenzana, arzobispo de Toledo, el cual tuvo entonces que separarse del Papa porque los franceses no quisieron darle los pasaportes. En Borgo-San-Dominio, Pio VI fué visitado por el cardenal Valenti-Gonzaga, que hallándose también proscrito, habia corrido

los mayores peligros. Grande fué el consuelo que al confundir sus lágrimas tuvieron estas dos ilustres víctimas de una inicua persecucion. Al dia siguiente, llegó el Papa á Plasencia y se apeó en el convento de los sacerdotes de la Mision ó de San Lázaro, á cuya congregacion habia manifestado siempre un particular afecto. Al amanecer del dia siguiente, tuvo que ponerse nuevamente en camino con direccion á Milan. Ya habia pasado el Po, cuando el jefe de la escolta recibió orden de retroceder con el augusto cautivo á Plasencia; pues se temia alguna emboscada por parte de los austriacos. Muchas veces durante este viaje, estuvo á punto de caer en manos de las tropas imperiales. Apenas habia salido de Parma, cuando entró en la ciudad un destacamento de husares sin contar con el permiso del duque, con el objeto de dar libertad á Pio VI, lo cual se hubiera conseguido si la marcha de este se hubiese diferido solo dos dias. Asimismo cuando pasó el Po, por solas dos horas no fué alcanzado por los austriacos. Mas el Señor habia dispuesto que aquel pais, del cual se habia empeñado tanto el Directorio en desterrar la Religion, fuese honrado con la presencia del Vicario de Jesucristo.

Al volver á Plasencia, cuando ya iba á entrar en la ciudad, dispuso el jefe de la escolta, que para que el pueblo no le viera, marchase á lo largo de las fortificaciones de las murallas; pero fué tal el disgusto que á los habitantes causó esta medida, que por prudencia, ó mas bien por temor de provocar un motin, tuvo que variar de determinacion. A media noche del dia siguiente, se volvió á emprender la marcha hacia Turin. En Crescentino vió Pio VI al cardenal Martiniana, obispo de Verceil, último cardenal que el Papa encontró en su tránsito. El coche que conducia al Santo Padre, tuvo que detenerse cerca de Trino por la prodigiosa multitud de fieles que de todas partes corrian presurosos á hincarse de rodillas para recibir su bendicion.

No sabia á punto fijo Pío VI á dónde le llevaban, pues desde su salida de Florencia habian tenido la crueldad de no indicarle ni siquiera dónde debia pasar la noche; así es que nunca se encontraba nada prevenido para recibirle. A esta molestia hay que añadir la no menos pesada de ver rodeado de soldados el cuarto en que debia pasar la noche. Cuando llegó á Turin, creyó haber tocado al término de su carrera, y que le alojarían en el palacio Real; pero al saber que se le iba á encerrar en la ciudadela, y que el viaje no estaba acabado todavía: *Llévenme á donde se les antoje*, exclamó, levantando los ojos y las manos al cielo, y adorando lleno de resignacion la voluntad divina.

No se habia visto aun concurrencia de pueblo tan numerosa como la que se presentó en Chiavano. El correjidor de la ciudad ofreció al Pontífice alojamiento en su casa; mas el gefe de la escolta no le permitió aceptar este ofrecimiento, y le hizo entrar en una mala posada. Para subir y bajar del coche tenían que conducir penosamente al Papa en un sillón de tijera; de manera que su situacion era verdaderamente deplorable; solo su paciencia era la verdaderamente superior á tantos males, y nunca pronunciaron sus labios la menor queja.

En Suiza se relevó el destacamento, y el Papa fué escoltado en adelante por soldados de caballería y una multitud de oficiales. En esta ciudad fué recibido, con arreglo á su dignidad, por el obispo y su clero, y fué alojado en el palacio episcopal. A los dos dias llegó á Oulx; y cuando despues de haber atravesado esta poblacion, fué preciso detenerse al pie de aquellas espantosas montañas, cuyas cimas, que todavia estaban cubiertas de nieve, parecían amenazar al cielo, sintió el Santo Padre que sus fuerzas le abandonaban, y poseido de la mayor amargura exclamó: *No pasaré adelante; me es imposible; que se me dé aquí la muerte, yo la recibiré resignado; prefiero*

esto á espirar en el camino. Mas no tardó en ceder á las instancias de sus conductores, y volvió á entregarse resignadamente en manos de sus verdugos. Todos sus compañeros de viaje montaron en mulas, y el Santo Padre fué conducido en una silla de manos. Veinte hombres, que habian venido del pueblo llamado *La Ferriere*, cerca del Mont-Cenis, se iban relevando para conducir la silla durante este peligroso tránsito. Todos los que le rodeaban estaban llenos de temor: solo el Pontífice permanecía tranquilo. Qué espectáculo presentaba el venerable Pío VI al atravesar aquel horrible monte Genevre, suspendido durante cuatro horas en el desfiladero mas angosto sobre espantosos precipicios, que llenan de terror al corazón mas intrépido! Tan inminente era el peligro, que habiendo caído del caballo uno de los de la comitiva, estuvo á punto de perecer. Apenas podían los hombres mas robustos resistir el rigor del frío. Los oficiales piamonteses, ofrecieron al Papa sus pellizas para que se resguardase de la nieve y de la escarcha. El volante del Pontífice, que constantemente caminó á pie á su lado, para servirle en cuanto le ocurriera, le repitió varias veces la proposicion de aquellos valientes militares; mas Pío VI se contentó con darles espresivas gracias por sus buenas intenciones. *No lo necesito, decia con una celestial resignacion; no tengo frío, ni sufro, ni temo nada; la mano del Altísimo me sostiene visiblemente en medio de tantos peligros: vamos, hijos míos, amigos míos, valor! y pongamos en Dios toda nuestra confianza.* Era cosa digna de verse aquellos aldeanos tan cándidos, sencillos y sensibles, mugeres, ancianos y niños, hundiéndose unas veces en la nieve y resbalando sobre aquellos eternos hielos, corriendo al través de las rocas mas escarpadas, y salvando los precipicios mas temibles, para venir á postrarse de rodillas á los pies del Pontífice, siguiéndole con sus miradas llenas de respeto y con toda la inquietud del amor; temerosos

por su sagrada persona, franqueando el paso á los portadores de la litera para que no dieran ningun tropiezo, y gimiendo enternecidos por la triste suerte del Santo Padre, hasta el punto de derramar amargo llanto: otras veces en medio de sus sollozos, pedir con los gritos de la fé *mas viva la bendicion del Padre de los fieles*, que este les otorgaba con toda la efusion de su alma. Finalmente, bajo las alas de esta Providencia, tan visiblemente protectora entre tantos precipicios y escollos, llegó el venerable Pontífice á las fronteras de Francia.

Qué pensamientos cruzarian por su frente en el momento de pisar aquella tierra regada con la sangre de tantos proscritos y manchada con tantas profanaciones! Despues del bárbaro trato que acababa de sufrir, tuvo ciertamente motivo para temer que el Directorio le iba á agregar al número de las víctimas inmoladas en odio de la fé: ya el augusto anciano se ofrecia á Dios en sacrificio, cuando entró en Brianzon, que es uno de los sitios mas solitarios y tristes de Europa, y por lo tanto muy poco á propósito para disipar las lúgubres ideas que alguna vez se apoderaban de su alma. Diéronle por hospedería una mala casa cerca del hospital, en la cual no habia mas que tres aposentos, y estos en un estado casi de ruina. La misma pieza donde se levantó un altar, servia de comedor y de sala de sociedad. En esta tenebrosa morada permaneció durante dos meses un Pontífice que por tanto tiempo habia habitado el inmenso palacio del Vaticano, estando allí privado de todas las comodidades de la vida y de toda comunicacion con los habitantes. Mas de una vez se trató de encerrarlo en la ciudadela; así lo queria el comisario; mas al fin se convenció por sus propios ojos, de que no habia en aquellos arruinados torreones puertas ni ventanas, y tuvo que desistir de su propósito. Otro dolor, aún mas amargo que cuantos hasta entonces habia sufrido Pío VI, vino á desgarrar nuevamente su

corazón. El celo y adhesion de las personas que componian su comitiva, dulcificaban algo los rigores de la situacion. El alma del Pontífice podia libremente esplayarse en el seno de aquellas honradas personas, y su conversacion era una agradable distraccion de sus pesares. Se concibió la bárbara idea de separarle de aquellos amigos tan queridos y tan necesarios á su existencia, y con este objeto se les acusó de sostener relaciones sospechosas con los extranjeros y de haber levantado los planos de la fortificacion para enviarlos á los austriacos. Sin tomarse la pena de examinar estas ridiculas acusaciones, se dió la orden de no dejar absolutamente al lado del Pontífice mas personas que las estrictamente necesarias á su servicio. Los prelados Spina, arzobispo de Corinto; Marotti, secretario; Caracciolo, ayuda de cámara, y los PP. Pío de Plasencia y Baldasari, fueron trasladados á Grenoble con una numerosa escolta de oficiales y soldados, desestimando las reclamaciones y quejas del venerable anciano, que en ninguna ocasion habia manifestado mayor sentimiento. Veinte y cinco dias despues de esta cruel separacion se recibió orden de sacar de Brianzon al Papa y conducirle á Valence. Manifestaron los médicos que su salud no podria sufrir el cansancio de este nuevo viaje, y que era de temer que no llegara con vida á su destino; pero no se hizo caso ninguno de estas declaraciones. Los prelados de la comitiva del Papa, que se hallaban en Grenoble, sabedores de esta determinacion, consiguieron que se escribiera al gobernador de Brianzon, suspendiera la marcha hasta que se le enviaran los carruajes necesarios. Mas el comisario del poder ejecutivo en Brianzon, sabiendo que el gobernador habia recibido esta orden, tuvo la barbarie de mandar acelerar la partida, diciendo: *El Papa marchará muerto o vivo.* No se pudieron proporcionar mas que tres malos carruajes que parecían carretas. Con tan indelicado tren se hizo atravesar al Pontífice la